

haber una moral sin dogma? Con permiso de los señores teólogos, tan hábiles defensores del cristianismo, en las Actas de los Apóstoles se lee que los primeros discípulos de Jesucristo no se distinguían en nada de los judíos, que frecuentaban el templo y practicaban la ley de Moisés; únicamente creían que había venido el Mesías, y por Mesías no entendían ciertamente el Hijo de Dios *omoiosios*. No tenían, pues, dogma, según los teólogos: ¿quiere decir esto que no tenían moral? Si nos remontamos más alto, encontraremos hombres que se llaman Sócrates, Epicteto, Marco Aurelio: no tenían la fe; ¿carecían por esto de moral? Si Cristo y sus apóstoles, si los paganos mismos tenían moral, sin creer en el pecado original ni en la transubstanciación, ¿por qué los cristianos han de creer cosas incomprensibles para ser hombres de bien?

El abate Houtteville nos sale al encuentro y dice que nuestra doctrina es ese *monstruoso sistema de tolerancia* de que en su tiempo aún no se hacía público alarde, aún cuando se le practicaba: *No se exige de los hombres más que virtudes filosóficas, sin cuidarse de sus creencias* (1). El abate experimenta un santo horror hacia esas virtudes filosóficas que, en nuestra *monstruosa tolerancia*, admiramos en los grandes hombres de la antigüedad; por temor de incurrir en estos *pecados manifiestos*, adoptó una gran resolución, y se lanzó en el vicio, en la crápula. Pero conservó intacta la fe en medio de los lupanares; ¿cómo dudarlo, cuando escribió tres volúmenes en 4.º en defensa de la religión cristiana? El abate tenía todas las virtudes teológicas, ante todo la fe; la caridad no podía faltarle; durante veinte años fué abastecedor de un contratista general á quien suministraba mujeres: para cultivar el amor de Dios, y para no perder la esperanza de los bienes celestes, se hizo adicto del cardenal Dubois, que solía decir que desafiaba á todos los cardenales á que fuesen más ateos que él. En fin, para demostrar públicamente cuán necesaria es la fe para la salvación, escribió su Apología y la dedicó al cardenal d'Auvergne, al cual, dice Voltaire, no debían dedicarse más que libros impresos en Sodoma (2).

(1) El abate HOUTTEVILLE, *La Religión cristiana*, t. I, p. 8.

(2) VOLTAIRE, *Exámen importante de milord Bolingbroke*, c. XIV.—Carta de 28 de Noviembre de 1762, t. LI, p. 535.—Carta de Marzo de 1765 á madame du Deffand, t. LIII, p. 65.

Como se ve, el abate era digno de celebrar los milagros, ese fundamento incontrastable de la revelación. Los hechos que acabamos de recordar eran públicos en el último siglo, todo el mundo los conocía, y aquellos innobles representantes de la crápula se atrevían á tomar la defensa de la religión! A tal estado había llegado el cristianismo.

III.

El abate de Houtteville es contemporáneo de Montesquieu. Antes que el *Espíritu de las leyes*, Montesquieu había escrito las *Cartas persas*; en ellas hablaba de la Iglesia y de la religión en términos que no demuestran una fe muy viva: «El papa, dice, es un gran mago que hace creer al mundo que tres es igual á uno; que el pan que se come no es pan, que el vino que se bebe no es vino, y otras mil cosas por este estilo.» No tomaba muy en serio á este *antiguo mago*, porque añade: «El papa es un ídolo antiguo, ante el cual se quema incienso por costumbre» (1). ¡Pecados de la juventud! La gracia sin duda obró su conversión; en el *Espíritu de las leyes* habla de la religión cristiana con un profundo respeto, ¿qué digo? la adora como una institución divina. Tales son sus palabras en la *Defensa del Espíritu de las leyes*. Montesquieu puede, pues, ser citado entre los apologistas del cristianismo. Si no es necio como los abates y los obispos, es por lo ménos tan quimérico como ellos. Hace grandes frases sobre la benéfica influencia de la religión. ¿Quién no conoce aquella famosa frase: «el príncipe que ama la religión y la teme es un león que cede á la mano que le halaga y acaricia?» Felipe II, adúltero y asesino, es el reverso de la medalla; el reverso es la verdad, el anverso es la ficción. Montesquieu llega hasta atribuir al cristianismo la libertad política de que disfrutaban las naciones europeas: ¡y escribía en tiempo de Luis XV! Celebra el derecho de gentes introducido por el cristianismo entre las naciones civilizadas, y había visto el reinado de Luis XIV, del rey cristianísimo que hollaba todos los derechos y todos los deberes!

(1) MONTESQUIEU, *Cartas persas*, XXIV, XXIX.

Montesquieu recibió el castigo de su condescendencia; las gentes de iglesia no tomaron en serio su conversión; estos señores tienen el olfato muy fino cuando se trata de la fe. Así es que el autor del *Espíritu de las leyes* fué calificado de incrédulo, de espinosista, de ateo. Es curioso espectáculo el de un apologista atacado por la Iglesia á quien acaba de defender. El *Espíritu de las leyes* fué puesto en el *Índice*, y los jesuitas se encargaron de dar á conocer á Montesquieu las quejas que la fe tenía contra él. Montesquieu respondió con mayores protestas de veneración á una religión que procede del cielo. No queremos detenernos en las debilidades de un gran genio. Lo que nos interesa principalmente en este curioso debate es la necedad de los adversarios de Montesquieu, los defensores oficiales del dogma. La estupidez de los reverendos padres era demasiado notable para no llamar la atención del gran crítico del siglo XVIII. Tomaremos algunos rasgos de una de las más agradables producciones de Voltaire: de este modo indemnizaremos al lector del fastidio que le causen los apologistas con mitra (1).

«Habeis prestado un servicio al género humano, dice Voltaire al autor de las *Novelas eclesiásticas*, desatándoos sabiamente contra unas obras hechas para pervertirlo. Escribís incesantemente contra el *Espíritu de las leyes*, y aún parece, por vuestro estilo, que sois enemigo de toda clase de *espíritu* (a)... No os entreteneis, señor, en examinar el fondo de la obra sobre las leyes, vais directamente al hecho, y, considerando á M. Montesquieu como discípulo de Pope, miráis á ambos como discípulos de Espinosa. Los acusáis con un celo maravilloso de ser ateos, porque descubriste, según decís, en toda su filosofía los principios de la religión natural. Nada es seguramente más caritativo ni más juicioso que deducir que un filósofo no conoce á Dios, porque afirma el principio de que Dios habla al corazón de todos los hombres.

»Un hombre de bien es la obra más noble de Dios, dice el célebre poeta filósofo. Vos confundís esas máximas funestas de que la Di-

(1) *Agradecimiento sincero á un hombre caritativo* (Obras, t. XLI).

(a) La palabra francesa *esprit* significa también *talento*, *ingenio*, y esto da lugar á un juego de palabras imposible de traducir.

(N. del T.)

vinidad es el autor y el vínculo de todos los seres, de que todos los hombres son hermanos, que debe haber tolerancia para sus ideas, así como para sus defectos. Proseguid, señor, aplastad ese espantoso libertinaje, que es la ruina de la sociedad. Aunque os haya faltado la gracia para ser chistoso, sin embargo teneis el mérito de haber hecho todos los esfuerzos imaginables para escribir invectivas agradables... Todo esto es muy edificante, pero aún no basta. Vuestro celo no ha hecho más que la mitad de la obra, si no conseguís hacer quemar los libros de Pope, de Locke, de Bayle, el *Espíritu de las leyes*, en un montón al cual prenderéis fuego con un paquete de *Novelas eclesiásticas*. En efecto ¡qué espantosos males han producido ese malvado de Pope, ese abominable Bayle, ese bribón de Locke, y otros incendiarios de esta especie! Verdad es que estos hombres han hecho una vida pura é inocente, pero por esto mismo son peligrosos. Ya veis como sus sectarios con las armas en la mano perturban los reinos, y llevan á todas partes la tea de las guerras civiles. La filosofía produjo la noche de San Bartolomé: vuestro santo celo derrama por todas partes la dulzura y la concordia.

» Vos nos enseñáis que todos los partidarios de la religión natural son enemigos de la religión cristiana. ¡Verdaderamente, señor, en esto habeis hecho un gran descubrimiento! Por consiguiente, cuando yo vea un hombre sabio que, en su filosofía, reconoce en todas partes al Sér Supremo, que admira la Providencia en la producción de los mundos y en la de los insectos, deduciré inmediatamente que es imposible que este hombre sea cristiano. Vos nos advertís que debemos hoy pensar así de todos los filósofos. No podía ciertamente decirse nada más sensato ni más útil para el cristianismo, que afirmar que nuestra religión es despreciada en toda Europa por todos aquellos cuya profesión es buscar la verdad.»

¡ Hé aquí los apologistas pintados del natural, y destruyendo la religión cuya defensa se proponen! Hay otra enseñanza más en este debate entre un gran escritor y oscuros libelistas. Montesquieu hizo evidentemente la corte á la Iglesia y á la religión dominante; exageró la influencia que el cristianismo ha ejercido sobre la civilización moderna. Los ortodoxos no le agradecieron en

manera alguna esta indulgencia: le atacaron lo mismo que á Voltaire. Esto consiste en que el autor del *Espíritu de las leyes* habia predicado la tolerancia, y por consiguiente era sospechoso, más aún, quedaba convicto de ser un libre pensador, y se le trató como á tal, á pesar de sus protestas. ¡Sirva de lección á los filósofos del siglo XIX! Los hay que han querido contemporizar con el enemigo, respetando mucho la teología, llevando cirios en las procesiones. A pesar de su talento, son indignos del nombre de filósofos; su diplomacia, por otra parte, no les sirve de nada. La Iglesia no admite su sumision á medias; el que no está con ella, está contra ella. ¿A qué conduce en definitiva esta bajeza? A realzar el poder de la Iglesia y á humillar la razón. Preferimos la brutal franqueza de los incrédulos: al menos tenían el valor de decir lo que pensaban.

IV.

El materialismo fué una fortuna para los apologistas. Sostuvieron que todos aquellos que se apartasen en lo más mínimo de la fe ortodoxa tenían que ir á parar al ateísmo. Los ateos descubren á los deístas, dice el abate Bergier: «Mientras los adversarios de la religion cristiana se han limitado á predicar el deísmo, podian parecer formidables; seguia viéndose un Dios, una religion, una base para los deberes de la sociedad. Pero, sustituyendo el deísmo con el materialismo, la víbora se ha mordido á sí misma, y se ha descubierto que el propósito era destruir hasta la raíz de los fundamentos de la moral y de la virtud» (1).

Bergier se formaba muy falsa idea de la filosofía que combatia. Los ateos, léjos de ser los discípulos de los deístas, fueron los hijos espúreos del siglo XVIII; Voltaire renegó de ellos, Rousseau los condenó. Su ateísmo no era tampoco la negacion pura y simple de Dios; en unos era la negacion del Dios de los cristianos, de un Dios bárbaro é injusto, de un Dios intolerante y perseguidor; en otros era el panteísmo. Su moral no era la inmoralidad; aunque su filosofía fuese falsa, los principios prácticos que deducian de ella

(1) BERGIER, *Tratado de la religion cristiana*, t. I, p. 87.

eran verdaderos, más verdaderos que los del cristianismo; no les faltaba á aquellos incrédulos para ser creyentes sino una nocion más exacta de la Divinidad y del destino humano. Los ortodoxos que los atacaban no conocian á Dios mejor que ellos. Por consiguiente, todo el trabajo de los apologistas debia ser estéril. Para convertir á los incrédulos, para hacerles sentir la necesidad de la religion, hubiera sido necesario empezar por depurar las creencias religiosas. Este es el trabajo que tiene lugar en el siglo XIX, pero se realiza fuera de la Iglesia y á pesar de ella. En el siglo pasado los apologistas no encontraban más que maldiciones contra los impíos. El salmista, dice Bergier, ha trazado su retrato: «Se ha congregado una nacion que hierve en filósofos, un pueblo de razonadores se ha conjurado contra el Señor y contra Cristo. Rompamos, dicen, los vínculos que tienen cautiva nuestra razón; sacudamos el yugo de la religion que nos importuna. El que reside en el cielo se rie de sus vanos proyectos, los cubrirá de confusion y les hablará como señor irritado; el soplo de su cólera turbará sus sentidos y sus ideas» (1).

¡Siempre la misma torpeza y la misma ceguera! La conciencia general se sublevaba contra un Dios de cólera y de venganza; los deístas estaban conformes en este punto con los ateos. ¡Y para convertirlos se les quiere hacer miedo con un señor irritado! ¿No era esto echar leña al fuego? Tal es, sin embargo, el lenguaje del más moderado, del más razonable de los apologistas. Cuando se deja el libro de Bergier para tomar el del cura flamenco, con quien hemos hecho ya conocimiento, casi considera uno como un genio al abate frances. El cura flamenco nos dirá lo que es un filósofo: «Los incrédulos son *libertinos*, aunque tengan más de cincuenta años; no respiran más que *libertinaje*; toda ley, toda autoridad se les hace pesada.» Distingue entre los incrédulos, los deístas y los materialistas. ¿En qué consiste el culto de los deístas? «En una admiracion de la naturaleza, y en un silencio respetuoso respecto de su autor. En cuanto á los materialistas, son *hombres que viven y mueren por completo*.» El cura explica luego de cómo las doctrinas filosóficas son una comedia, pero no una broma: «Todos estos sistemas, hijos de

(1) BERGIER, *Tratado de la religion cristiana*, t. I, p. 90.

sus desórdenes, no son más que hipótesis ó suposiciones sin pruebas, que parecen forjadas por insensatos, *para presentar la razon natural en forma de comedia*. Sin embargo, los incrédulos *se proponen algo más que una simple broma*. No depende de ellos que sus sueños no fuesen reales; su interes los mueve á realizarlos, si fuese posible; porque ¿á qué fin hacen tales sistemas? ¿no será para hacer la guerra á ese gusano oculto que les roe el corazon, á ese remordimiento de conciencia que les incomoda demasiado, áun en sus placeres carnales? Sí, sí; este huésped es demasiado importuno y es preciso hacerle perecer » (1).

¿No parece que los filósofos pasaban su vida en los lupanares? ¿No parece que el desórden es cosa inventada por los incrédulos? Cosa singular; el retrato del impío, hecho por el cura flamenco, se parece mucho más al abate Houtteville que á Diderot, á Helvecio y á d'Holbach. La fe no es, pues, un *elixir* contra la inmoralidad. El buen cura está animado de las mejores intenciones, pero anda extraviado: la imprecacion que dirige á los incrédulos estaria más en su lugar en un sermón para los fieles: « Sentid, exclama, la mano de una fuerza invencible, y la mano de Dios, que en todas partes os sujeta, sin que haya medio de huir de ella. Por más que digais: *yo vivo y muero por completo*, bien conoceis que *no sois vos quien se ha dado el sér* » (2). ¿Cuáles eran en el siglo pasado los hombres que vivian como *si murieran por completo*? Los príncipes de la Iglesia, el cardenal Dubois, el cardenal Tencin, el cardenal sodomita á quien el abate Houtteville dedicó su apología de la revelacion cristiana!

El cura flamenco tiene al ménos un mérito: es sincero y divierte por una mezcla singular de estupidez y de tosco buen sentido. Puesto que nuestros lectores deben ser tambien algo incrédulos, no podemos hacer cosa mejor, para secundar las intenciones del piadoso cura, que transcribir su demostracion de las principales verdades de la religion natural. La primera es la existencia de Dios demostrada por el espectáculo de la naturaleza: « Basta con-

(1) *Demostracion de la fe católica*, por un cura flamenco. *Introduccion*, páginas 3, 4, 6; t. I, p. 7.

(2) *Demostracion de la fe católica*, t. I, p. 8.

siderar la union del cielo, mirar al cielo y recorrer la tierra con los ojos.» Dios es el creador de todo cuanto existe; Moisés lo dice: « Los filósofos que hablan del mundo sin haber consultado á Moisés, *hacen un caos*. ¿De dónde ha recibido movimiento esa pesada masa? ¿se lo habrá dado ella misma? » Costaba trabajo á los filósofos el comprender la creacion. Nada más sencillo segun el cura: « Ya veis cómo construye una casa un albañil; reúne todos sus materiales, *su ciencia dirige á su voluntad por medio de la cual dispone y ordena sus materiales*: se pone á trabajar y resulta hecha la casa. » Si despues de esta luminosa *demostracion* todavía quedan ateos, preciso es decir con el cura flamenco « que son locos y que merecen ser encerrados en un manicomio » (1).

V.

Con sentimiento nos despedimos del famoso cura: es tan divertido y no más estúpido que los apologistas de más reputacion. Vamos á ver adversarios más serios al parecer; llevan su birrete de doctor y pasan su vida disputando sobre teología: éste es su oficio. En el fondo no valen más que el cura flamenco; así es que Voltaire se divierte con los *gatos peludos* que se llaman doctores de la Sorbona. La docta facultad lanzó una censura contra Raynal. Bien lo merecia el impertinente abad: « Entre los maestros de la incredulidad ha habido uno que sobrepuja á los demas por su temeridad y por su ciego furor. Presenta á sus lectores todo cuanto la impiedad ha vomitado de más atroz y de más horrible. Se quita la máscara y no se ruboriza de dar su nombre; y, lo que hace subir de punto el asombro ó más bien la indignacion, es ministro de esos mismos altares que en el exceso de su furor quiere derribar. *¡Oh días, como nunca, de afliccion, de insulto y de blasfemia!* » (2).

Esto son lamentaciones; pero ¿y las razones? Se le cae á uno el alma á los piés cuando ve cuáles son las creencias cuya defen-

(1) *Demostracion de la fe católica*, p. 11, 21, 23.

(2) *Censura*, en RAYNAL, *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*. *Suplemento*, p. 156, 158.